

APENDICE

ENSEÑANZA DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL Y MUY PARTICULARMENTE DE LA CIENCIA PENI- TENCIARIA EN LAS PRISIONES.

1. Quizás diga alguno que es superfluo querer demostrar la utilidad de la enseñanza de la ciencia penitenciaria.

Tratándose de conocimientos que pueden decidir la suerte de millares y millares de individuos, y lo que importa todavía más, de conocimientos en los que se halla interesada la seguridad de toda la sociedad, es natural y lógico admitir como una gran ventaja, el fijar las reglas convenientes para todos aquellos que abrazan la carrera penitenciaria y persiguen el nobilísimo fin de la regeneración moral de los criminales. Hasta el presente, hemos caminado sobre este terreno, á tientas y sin recurrir á las ciencias y aun menos á la enseñanza universitaria.

Además, es ley general, que las teorías didácticas, vayan precedidas siempre de una acción más ó menos obscurecida é informe. Las palabras dejáronse oír bastante tiempo antes que la gramática las recibiese y fijase las reglas del lenguaje; cientos de siglos transcurrieron antes que á los signos gráficos reemplazasen las letras del alfabeto y las reglas de la pintura. Durante muchos años, se hizo la guerra

y ejercióse el comercio, sin conocer la aritmética, la economía política, la balística y la estadística.

Hasta nuestros tiempos mismos no se ha comenzado realmente á enseñar la historia de una manera científica, porque lo que se explicaba antes, no era más que la crónica de los acontecimientos.

El derecho penal no ha adquirido una forma didáctica, hasta hace pocos años.

La materia de las ciencias penitenciaria y carcelaria es más complicada y más susceptible de enseñanza que todas las otras; sin embargo, ella no se practica todavía.

En efecto, si fijamos nuestra consideración en la arquitectura de las prisiones, hallamos que no sabemos aún cómo se debe construir una celda ó un taller, que respondiendo á las exigencias de la economía, no sea nocivo para la salud y permita al detenido ejercitarse en ocupaciones útiles, sin estar expuesto á la depravación, que pudiera acarrearle el régimen común de los otros criminales. Esa celda y esos talleres no existen todavía, y en nuestros tiempos se desconoce la manera de modificar las construcciones de las cárceles correccionales, de las prisiones para mujeres y de los edificios de arresto, en los cuales los detenidos preventivamente, inocentes ó culpables, pasan una fase de transición.

Nosotros hemos sentido una necesidad verdaderamente imperiosa, en alabar las construcciones y la reglamentación de ciertas cárceles alemanas, rusas y suecas. Hemos realizado su estudio y su crítica; yo digo esto para los sabios, porque el conocimiento de estas cosas, no es del dominio público. Ahora bien, conociendo el aspecto material de un establecimiento penitenciario, ¿se conocería igualmente su administración y moralidad?

Creo que en esto nos hacemos extrañas ilusiones, según nos había ocurrido hasta el presente con el derecho penal. Tratamos las cuestiones á derechas é izquierdas sin examinar los hechos; juzgamos que un establecimiento determinado es verdaderamente útil, porque su construcción afecta una forma cuadrada, prolongada ó circular, razón que nos permite creer que es apto para el aislamiento de los criminales y que ha de curar radicalmente esas anomalías, que resultan del atavismo, de lesiones traumáticas ó de profundas deformaciones orgánicas.

Añádase á todo esto la administración, que ofrece graves complicaciones, sobre todo cuando se trabaja en las cárceles; y que, en esta organización, se quiere manumitir á dichas labores de la cooperación, siempre perniciosa, de los contratistas. Después se tropieza con grandes dificultades, cuando se trata de satisfacer la necesidad de recreos intelectuales, autorizando las entrevistas de los presos con distinguidas personalidades, consintiendo á los detenidos leer los libros de la biblioteca, y organizando la instrucción religiosa de manera que esta última no conduzca á la monomanía, ni al ateísmo, ni á la intolerancia.

No creemos nosotros que se puede prever y proveer á todas estas necesidades, con sólo algunos artículos de un reglamento árido, y mucho menos resolver tamaños problemas con una serie de tablas estadísticas que es fácil disponer á su modo sin que guarden la menor relación con la realidad.

Todas estas cuestiones no pueden ser dilucidadas más que por un estudio detallado, profundo, en parte teórico y en parte práctico, que tendiera á emanciparse del apriorismo, que se ha apoderado de las prácticas carcelarias y á enmendar bien sus faltas. Relacionemos con

esto las ilusiones que ha poco nos hacíamos acerca de esto mismo. No he menester enumerarlas; será suficiente citar las obras de MM. Beltrani-Scalia, Salillas y Prins (55).

Esto que lamentamos, resulta de un exceso de generalización; bajo el pretexto de suprimir lo arbitrario, se ha suprimido el movimiento y la vida. «¿Hasta cuándo los tribunales de Europa continuarán lanzando condenas sobre los miserables, de la misma manera que un grifo deja caer el agua, gota á gota sobre el suelo? las condenas se filtran en las masas, como las gotas de agua en la arena. Es una ilusión disparatada creer en la transformación de este mal de las prisiones. Un absurdo pensar que terminará con una breve estancia en la cárcel. La prisión, más que alguna otra pena, exige ser aplicada con discernimiento. Prodigándola á troche y moche sobre todos los que desfilan por delante de un tribunal, se anula el efecto, se destruye la eficacia y se hace caer por su base el sistema penitenciario, tanto más seguramente, cuanto que es imposible hacer trabajar á los condenados durante algunos días, convirtiéndose de esta suerte la pena en una excitación á la pereza» (Prins).

2. Hay un estudio todavía más importante; el que se refiere á la administración carcelaria y penal; es decir, el estudio del hombre criminal. Creíase en otros tiempos, que bastaba estudiar la enfermedad, no el enfermo, el crimen y no el criminal.

Inútil será ponderar cuán perjudicial ha sido esta teoría, porque el mismo crimen puede ser cometido por pasión, en un acceso de delirio, á consecuencia de un vicio innato y según los casos, deberán ser especiales las penas. La lu-

(55) Véase Prins. *De la libération conditionnelle en Belgique*, 1888.

cha inútil, y lo que es peor, vanamente costosa, que se ha venido hasta el presente sosteniendo contra el crimen, cuyo número de reincidencias aumenta cada vez más, demuestra, por sí sólo, el efecto de nuestros errores.

Además, haciendo abstracción de esta falta, impónese la necesidad del estudio del criminal, en justa obediencia á las viejas máximas de las ciencias carcelarias. Aludo aquí á las interesantísimas observaciones hechas en Zwickau, según las cuales debe tratarse á los criminales individualmente y modificar el tratamiento según el carácter personal, si se quiere obtener un resultado algo satisfactorio. ¿Cómo, pues, se podrá poner en práctica la libertad condicional ó administrar sin interrupción una cárcel, sin estudiar individualmente el crimen?

Y ¿cómo se llevará á efecto un estudio individual, si no se organizan enseñanzas especiales sobre los criminales?

Merced á la falta de esta enseñanza, los juristas y la mayor parte de los empleados penales consideran á los criminales como hombres completamente normales perseguidos por una suerte desdichada, como conscriptos que, en el sorteo de la desgracia, en lugar de obtener un buen número, sacaron un mandamiento de prisión.

Es lógico que con semejantes errores fundamentales, se obre equivocadamente en todas las medidas adoptadas contra los criminales, y que se haya llegado al extremo de que en todos los países, exceptuando á Inglaterra y á la América del Norte, las gentes honradas tengan que temer más de la detención de los culpables que de sus mismas fechorías.

3. Estas investigaciones deben, naturalmente, practicarse sobre los lugares adecuados.

Todo el mecanismo de la celda, todos los detalles del servicio que deben garantizar la efica-

cia de un correccional, la organización de los trabajos, que han de aliviar las cargas del Estado, sin perjudicar el aislamiento y la enmienda de los criminales, no pueden ser llevados á la práctica, si no se está en contacto con los hechos.

Es imposible, por consiguiente, estudiar al hombre criminal sin verle bien de cerca, lo que no es difícil. Justo es atribuir, á todas esas falsas doctrinas jurídicas, en que Europa ha estado imbuída hasta ahora, la leyenda de que el acusado no recibe voluntariamente y con agrado las visitas, y que no se somete con docilidad á un examen antropométrico, sobre todo cuando se trata de criminales comunes.

Por amor á la ciencia y al ejercicio de la medicina, hemos consentido en percutir á centenares de tísicos en los hospitales, examinar á innumerables mujeres embarazadas por hombres jóvenes, manipular en las clínicas quirúrgicas sobre miembros fracturados y palpar el cuerpo de individuos de los dos sexos; y aunque las visitas fueran con tanta frecuencia muy fatales á los alienados, hemos permitido, sin dificultad, frecuentar las clínicas psiquiátricas, durante meses enteros, á los estudiantes de medicina; y ¿habrían de comenzar estas dificultades solamente para los criminales?

¿Cómo explicar esta manera de mirar las cosas al revés y únicamente para los reclusos penitenciarios, que no cabe dudar, son las personas menos delicadas é interesantes?

¡Ah! para testimoniar de la sinceridad de nuestras observaciones, nos apresurábamos á adoptar medidas, no para impedir los estudios sobre el condenado, sino mejor, para prohibir la publicación en los diarios, de noticias demasiado extensas, obscenas y calumniosas, dadas acerca de los presos, con sus retratos; y de esta suerte restringir la publicidad de la cró-

nica de los tribunales criminales que á consecuencia de otro falso convencionalismo jurídico, se considera como la salvaguardia de las gentes honradas, de los acusados, de los débiles y hasta, Dios nos tenga de su mano, de la libertad política.

Se consiente que un preso preventivo que pudiera ser muy bien el hombre más honrado del mundo, sea traído y llevado en la prensa, con su nombre y apellidos, permitiéndose que su retrato y su biografía circulen por todos los periódicos, y se pone el grito en el cielo cuando algún sabio, delante de sus colegas, quiere estudiar la fisonomía no ya de un preso preventivo, sino de un verdadero criminal de oficio.

Un examen semejante, hecho con calma por personas serias, jamás da lugar á inconvenientes y nunca perturba la disciplina. Baste saber que durante catorce años, yo he podido conducir á un centenar de estudiantes por entre los presidiarios de Pavía y de Turín, sin que, ni una sola vez, ningún recluso se haya negado al examen. De otra parte entendemos que no se debe estudiar á los detenidos por primera vez, y menos á los presos preventivos, siempre que en el momento del examen, no se hallen bajo el peso de una grave acusación.

Igualmente debe excluirse á los delincuentes que se niegan á dejarse examinar y que han cometido crímenes que no denotan la pérdida del sentido moral, como por ejemplo las quiebras, ciertas falsificaciones, etc.

No precisa más que el estudio de los criminales por herencia. Los otros criminales no se diferencia mucho de los demás hombres y no han menester por consiguiente de signaturas especiales. Conviene realizar este estudio con el taco antropométrico de Anfosso, y con sujeción á las reglas tan admirablemente dictadas

por Tamburini y Benelli (56), que yo he intentado completar, y á las fijadas por Bertillón. Y no siendo verídicos, muchos de los criminales hereditarios, al examen, creemos nosotros que debe presidir el estudio del acta de acusación. Tales entrevistas y semejante examen no pueden ser perniciosos para los criminales; al contrario, los resultados de estos estudios comunicados á quienes han de decidir la detención y eventualmente la libertad provisional de los individuos, servirían muchísimo mejor que las recomendaciones é instancias de los diputados, y que las informaciones burocráticas, porque se regulan comúnmente; por otra parte, estas entrevistas valdrían para corregir las perniciosas ociosidades de la celda y en no pocas ocasiones para prevenir los errores de la justicia humana ó para ayudar á repararlos como en el caso de Rossi (57), en que un condenado á cadena perpetua, por terrible salteador de caminos, fué reconocido en los exámenes antropométrico y psicológico, como un hombre honrado gravemente calumniado.

Este estudio nos suministraría igualmente un nuevo medio para introducir, en la enseñanza de los conocimientos carcelarios, el examen del hombre criminal. Mas si los prejuicios y los erróneos convencionalismos, que dominan todavía hoy, entorpecían el estudio del penado en la cárcel, nada habría de impedir estudiar á los criminales libres, tan numerosos en el mundo y con los cuales puede fácilmente tropezarse en la vía pública. Yo, después de seis años, me he limitado á estudiar estos últimos.

El único inconveniente que podría sobrevenir sería que cuando los estudiantes penetrasen

(56) *Attes du Congrès d'anthropologie criminelle*, Roma, 1888.

(57) *Centuria dei criminali*, 1888, I, etc.

en las prisiones, habrían de ser vistos contra su voluntad los acusados inocentes y honrados.

Verdad también que, aun á pesar suyo, podrían ser percibidos en el tribunal; sin embargo, se debería evitar esto, dando un antifaz á todos aquellos que lo desearan, y haciendo penetrar directamente á los escolares en el aula de la prisión y no llamando más que á los individuos que, de buen grado, consintiesen en ser examinados.

La cuestión es aún más delicada y compleja en lo que se refiere á las casas de corrección para jóvenes. Yo creo que no debe realizarse el examen más que con el concurso de los maestros y de los directores espirituales y en presencia sólo de los mejores discípulos, dando á la visita caracteres de una distinción y examinando solamente á los jóvenes llevados allí por algún delito; en otro caso podría surgir el inconveniente de pervertir á niños honrados é infelices.

Además sería muy útil realizar un estudio profundo sobre el reverso de la medalla y extender todas estas investigaciones á las escuelas públicas, examinando á los alumnos más incorregibles, como el primer paso para su internado en un centro de educación correccional.

M. Ruffini, ilustrado inspector de las escuelas de Italia, que ha comprendido cuan valiosos serían estos procedimientos, ha reunido una especie de apostolado con el fin de que se tomen en consideración, en la libreta de orden del colegio, las anomalías morales de los niños, anomalías que, de persistir, después de largos años, pueden ser consideradas como graves indicios de criminalidad y demandarían, por consiguiente, medidas preventivas para impedir que el niño contraiga definitivamente inclinaciones viciosas.

He aquí como estas observaciones didácticas contribuirían á la protección de la sociedad.

En lo que se refiere á las mujeres, estas advertencias no son tan necesarias por ser menor la criminalidad entre ellas. Nuestras enseñanzas se limitarían á las prostitutas criminales que, ya en contacto íntimo con el mundo, no habrían de sentirse, por este examen, heridas en lo más mínimo en su amor propio, ni ofendidas en su pudor ó timidez.

El curso de instrucción debería comprender:

a). Teorías sobre las leyes, ordenanzas y reglamentos carcelarios, tipos de celdas, mobiliario, etc.

b). Estudio de la estadística criminal, teorías penales, libertad condicional, patronaje, etcétera.

c). Estudios de antropología criminal y psiquiatría acerca de los criminales.

La comisión nombrada para dictaminar sobre la libertad condicional y vigilancia de las prisiones debería consultar el registro, en doble copia, que consignase el resultado de los estudios y visitas llevados á cabo, en los talleres y celdas, por los directores y profesores.

FIN